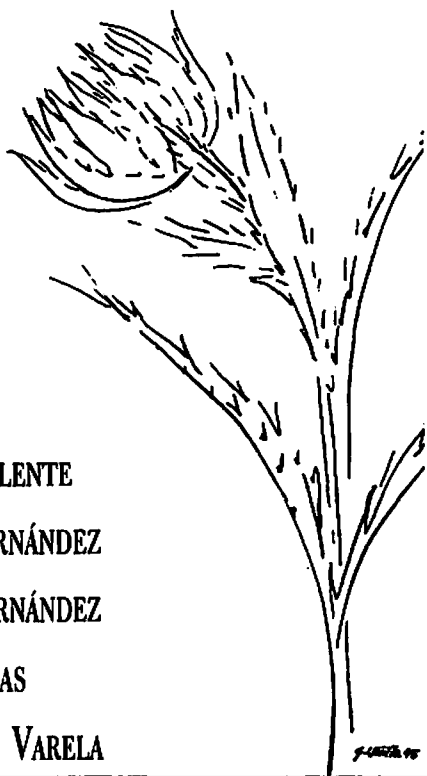


Pliego de poesía de La Colmena

A LUIS CERNUDA
[1902-1963]



JOSÉ ÁNGEL VALENTE

FRANCISCO HERNÁNDEZ

GUILLERMO FERNÁNDEZ

CARLOS ILLESCAS

HERNÁN BRAVO VARELA



...flor de la roca
flor de montaña
Guillermo Fernández

G. Utrilla 95

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

A Luis Cernuda, con unas siemprevivas

A Derek Harris y James Valender

La luz caía vertical sobre la piedra.

En la losa desnuda pusimos siemprevivas.
También son leves y te representan,
a ti, tan duradero entre nosotros.

Subimos al lugar en donde yaces
dos amigos ingleses y un hombre de tu tierra,
amigos ciertos que te aman
de dos países que al cabo desamaste.

Tal fue tu sino, engendrar el amor
en el difícil reino de lo siempre contrario
unido por el fuego.

Señor de la distancia y lo imposible.

Luis Cernuda, poeta, reza
la piedra, y los lugares y las fechas
que acotaron tu paso entre los vivos.

Entre ellos soñaste un poeta futuro
y al final lo engendraste
y hoy puede así el futuro hablar contigo.

Otros han desaparecido entre las sombras.
Tú no. Tu luz escueta permanece,
lo mismo que estas flores, para siempre.

FRANCISCO HERNÁNDEZ

A Cernuda, con unas violetas

las hormigas transportan
una flor de muerto
los borrachos platican
con los ángeles
dos niños acarrear cubetas
sin derramar una lágrima
sobre la tumba de Cernuda
el abandono
es luz

GUILLERMO FERNÁNDEZ

Hablando a Cernuda

*... y con sueño se volvió
—lentamente
Adonde nadie
Sabe nada de nadie.
Adonde acaba el mundo.*

I

Yo soy la soledad en crecimiento
la sola cuerda en una sola lira,
la afilada presencia que conspira
contra el paso del día bajo el viento.

Surtidor de un secreto movimiento,
sobrevivo a la luz. En mí respira
la vida eterna de la noche y gira
la quietud indecible de su aliento.

He venido a olvidar aquella espuma
que vio la transparencia de la nada.
No me importa saber lo que consuma

el bullicio del día que se dora
en coágulos de vida abandonada.
Solitario en el bosque y en la hora.

II

¿Hacia qué luz viaja Noviembre;
en qué mano su cuerpo se desgrana
y siembra la tristeza de pensarte
en un hondo balcón deshabitado?

Lo sabías: “La vida no es un sueño”:
es una larga vigilia cenicienta
que afila su verdad de espina pura
en la yema sin fin de la memoria.

(Existe la Belleza
—el terso endriago rubio.
Su blanda mordedura
espiga los islotes al alcance
de un sueño que se sueña en el otoño
y mata lo que toca o lo que mira.)

III

Te fuiste por el hilo de la duda
de estar con los demás como contigo:
a sombra y luz a solas, sin testigo
al ser lo que en tus manos se reanuda.

“Triste sino nacer” bajo la ruda
condición de viajar sin un amigo.
Sin tú saberlo, te seguí y te sigo
como una sola sombra, Luis Cernuda.

En la barca del agua un cielo manso
nos deja contemplar lo que tu vida
tuvo de la tormenta y del remanso.

Tu voz responderá contra las olas
del viento y el olvido desmedida.
Yo me quedo contigo, solo, a solas...

IV

La noche, dilatadamente sola,
ahonda tragaluces al vacío
y planta dedos finos en las cosas
que acechan los racimos de esperanza.

En sus manos la vida es agua lenta,
la caída incesante del deseo
que mira hacia el final puerto del alba:
despierto ante la luz lo halla desierto.

Tu palabra se acoda en la ventana
y deja deslizar su pluma leve
al aire de esta noche pensativa;
inunda los rincones de la hora
con un rumor de seda oscura
o un agua de olvido entre la hierba.

V

Por ti, el hemisferio que te nombra
sabe de la memoria sin olvido,
del tiempo que he llorado por perdido
al encontrar tu árbol sin la sombra.

Otoño que se va, deja la alfombra
al pie de un nuevo aire ya encendido.
El cielo es un diamante desabrido
y el tiempo en un rincón su peso escombra.

La loma que te duerme en aire antiguo
sabe el perfil exacto de tu viaje
y se ahonda la tierra en un viraje

que confunde el ocaso con el orto.
Tiene un ciprés el corazón ambiguo;
musita su palabra y queda absorto.

VI

Tú viniste a mirar rostros amables
como viejas escobas.
Yo estoy para olvidarlos.

Primer aniversario, noviembre de 1964.

CARLOS ILLESCAS

Al gran poeta Luis Cernuda, en su tumba,
en ocasión del XV Aniversario de su muerte

Marsias, ya desollado, confió su canto al viento.
De las ramas de un abedul, dicen, cuelga su piel.
La flauta que sus labios oprimieron, madre de la
música,
yace hoy en el barro; pero su voz se perpetúa
hasta imponer en la soberbia del día apolíneo
el melancólico acento de las noches serenas.

Marsias no cesa en su martirio. Él es la poesía
en llamas,
en llanto, en vida. Tú lo supiste. Desde siempre
escuchaste el canto del desposeído aldeano.

El son de su instrumento acompañó tus pasos
y por ello, tú también como Marsias,
desafiaste las iras del soberbio dios a quien venciste.

Mas si acaso no acertara a decir toda la verdad,
exijo que las aves cuyo canto tú mismo has detenido,
canten entonces hasta sepultar al viento, al abedul:
flauta y piel sangrante para que tú, soñador perpetuo
de la muerte viva, animes tus huesos
y vuelvas a nosotros a recordarnos que el hombre,
el pobre hombre, es festín favorito de los dioses.

*Panteón Jardín, México, D. F.,
5 de Noviembre de 1978.*

HERNÁN BRAVO VARELA

Las nubes que recuerdan a Cernuda se ciernen sobre otras. Son estratos o cirros. En realidad, no hay retratos de nadie. ¿Quién vería la desnuda tela desde aquí, su primer esbozo en el aire? Las nubes se asemejan sólo a nubes. Y, sin embargo, dejan una cara en perfil que mira el pozo de Juan Ramón, el árbol doblemente raíz, declinación del cielo. Hubo vapor de agua que escondía las vetas del río de su sueño. Frente a frente tomaba cuerpo el polvo y se contuvo de tender manos. No tuve violetas.



José Ángel Valente, "A Luis Cernuda, con unas siemprevivas" en *Fragmentos de un libro futuro* (volumen póstumo, 2000).

Francisco Hernández, "A Cernuda con unas violetas" en *Poesía reunida* (1974-1994), UNAM/Ediciones del Equilibrista, México, 1996.

Guillermo Fernández, "Hablando a Cernuda" en *La palabra a solas*, Estuario, México, 1965.

Carlos Illescas, "Al gran poeta Luis Cernuda, en su tumba en ocasión del XV Aniversario de su muerte" (copia del manuscrito original, propiedad de Guillermo Fernández).

Hernán Bravo Varela ([s/l] texto entregado por el autor).



Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM